

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ••• BARCELONA, julio de 1895 ••• NÚMERO 42



DERROTA DE LOS RUSOS EL DÍA 11 DE SEPTIEMBRE (1877), PRIMER DÍA DE LA TERCERA BATALLA DE PLEVNA

SUMARIO

El sitio de Plevna.—Un reclamante célebre (*continuación*).—La Ley de Lynch (*continuación*).—Una conflagración temible (*conclusión*).

EL SITIO DE PLEVNA

LA TERCERA BATALLA

Con justo orgullo recuerdan los turcos la brillantísima defensa que en la guerra de 1877 hicieron de la fuerte plaza de Plevna, rodeada por tres líneas de defensa. Allí se cubrió de gloria Osmán Bajá, siempre sereno é impávido, siempre dueño de sus facultades, y, al par, siempre sencillo y franco, bajo su uniforme de mariscal de Turquía.

La guerra fué declarada por Rusia el 24 de abril, en cuyo día pasó el Pruth el ejército moscovita, mandado por el gran duque Nicolás; pero la movilización era tan lenta que hasta últimos de junio no cruzaron el Danubio las tropas invasoras. Estaba formado el ejército ruso por 7 cuerpos de ejército: uno de ellos cruzó el Bajo Danubio por la Dobruscha, cuatro por Sistova, desembocando en Bulgaria, y dos quedaron en Rumanía, aliada de Rusia.

En un principio, el avance de los invasores fué rapidísimo, pero no tanto que Osmán Bajá no tuviese tiempo para ocupar á Plevna con la vanguardia de su ejército. Plevna está situada entre Nicópolis y Lovalz, en Bulgaria, al N. de los Balkanes.

Los rusos atacaron á Plevna el 19 de julio, pero fueron rechazados con terribles pérdidas. El 30 de julio volvieron á la carga, contando ahora su general, Krudener, con 35,000 hombres; pero sufrieron no menos rudo escarmiento, dejando 7,000 hombres al pie de las trincheras que habían intentado asaltar. Osmán tomó entonces la ofensiva, y obligó á Gurko á abandonar el S. de los Balkanes, donde había podido penetrar sin dificultad al comenzar la campaña.

Fué preciso enviar á Plevna otros dos cuerpos de ejército, y, no siendo aún bastantes, se requirió á Rumanía para que prestase su concurso armado. El ejército ruso rumano volvió de nuevo á sitiár á Plevna, á las órdenes del entonces príncipe y hoy rey Carlos.

El día 11 de septiembre, y en presencia del czar, se dió la tercera batalla. Al cabo de desesperados esfuerzos consiguieron los ruso-rumanos apoderarse de las prisiones de Grivitzá, al N. de la plaza. Por el S., Skobeleff se apoderó de la primera línea de defensa, pero se estrelló al intentar apoderarse de la segunda. Al día siguiente volvióse á la carga, pero esta vez no sólo fueron arrojados de la primera línea, sino que se vieron perseguidos por los valientes sitiados, que los obligaron á retirarse más que corriendo.

Las tres derrotas de Plevna pusieron claramente de relieve la mala administración militar de Rusia y la medianía de sus jefes; los

soldados se habían batido heroicamente, y el general de división Skobeleff había hecho prodigios de valor; pero bien se veía que los generales palatinos eran de escaso fuste. Entonces fué cuando, á regañadientes, se envió á buscar á Totleben, el ilustre defensor de Sebastopol, para que tomase el mando; pero, aun así, no capituló Plevna hasta el 10 de diciembre, al cabo de cinco meses de sitio.

UN RECLAMANTE CÉLEBRE

(SEGUNDA PARTE)

Hemos dicho que solamente una persona, la madre de Rogerio, seguía creyendo firmemente que su hijo vivía aún. Su esposo, sir James, sin embargo, no abrigaba esperanza alguna; pero como todo cuanto había dicho y hecho en su vida no influyó jamás lo más mínimo en el ánimo de lady Tichborne cuando se fijaba en cualquier cosa, no era de presumir que atendiese ahora á sus razones.

Muy pronto llegó á saberse en las inmediaciones de Tichborne que la anciana señora estaba dispuesta á recibir muy bien á cualquiera que tuviese noticias del buque *Bella* ó de su hijo. Las noticias de esta especie se propagaron muy pronto entre una comunidad tan diseminada como la de los marineros, y así es que á poco comenzaron á llegar al pueblo muchos, unos mancos, otros cojos, tuertos ó ciegos, que acudían como si se tratase de repartir entre ellos recompensas. Todos se detenían en Tichborne Park; apenas pasaba día sin que se presentase alguno, y cada cual tenía algo que decir del *Bella*, ó había oído referir detalles á la misma tripulación, recogida en alguna parte. Jamás hubo buque cuya suerte fuese conocida por tan considerable número de marineros desinteresados. Lo peor de todo era que cada noticia difería de las demás, y que el Lloyd, cuyos informes debían ser más seguros que los de aquella gente, no sabía nada sobre el paradero del buque.

Los marineros que llegaban recibían alguna gratificación y marchábanse, sustituyéndoles otros que mentían más que ellos. Apenas podía lady Tichborne dar crédito á tantos informes contradictorios; pero persistía en creer que la tripulación del *Bella* se había salvado. Sir James trató de ahuyentar á los impostores de su dominio; mas no pudo lograrlo, y, al fin, murió en 1862. La baronia y las propiedades pasaron al único hijo que sobrevivió, Alfredo, que acababa de casarse con Teresa, hija de lord Arundel de Wardour.

Pero á la madre le importaba poco el hijo Alfredo: lo que ella quería á todo trance era que Rogerio volviese, y, como para dar aliento á los impostores, excitando más su codicia, mandó insertar en el *Times* un anuncio, dando muchos detalles sobre el nacimiento de Rogerio, su edad y parentesco, el nombre del buque, la fecha y lugar del naufragio, etc., detalles todos los más propios para que se presentara

algún reclamante fraudulento. Hasta hizo mención del rumor que circuló algún tiempo antes, según el cual Rogerio se había salvado y estaba en Melbourne, lo cual era una falsedad inventada por uno de los marineros que se presentaron: este curioso anuncio fué copiado, sin duda, por todos los diarios de Europa, ó, mejor dicho, del mundo entero.

Sin embargo, pasó largo tiempo sin que se presentara reclamante alguno, hasta que, al fin, cierto día, la anciana señora leyó en un diario, entre otros anuncios, que un tal Mr. Cubitt, de Sydney, había establecido lo que él llamaba *Agencia de amigos extraviados*.

Lady Tichborne escribió al punto al hombre, rogándole que insertara su anuncio en los diarios de Australia, y prometióle una rica recompensa si encontraba á su hijo.

El ingenioso Cubitt formó muy pronto su composición de lugar, y envió á la viuda un informe en el cual aseguraba haber encontrado al hijo, añadiendo que servía á su país como soldado en Nueva Zelanda. Al mismo tiempo comenzó á pedir dinero y recibió considerables sumas.

Mas á poco recibieronse noticias mejor determinadas. Un tal Mr. Gibbes, abogado de la pequeña ciudad de Wagg-Wagga, á doscientas millas de Sydney, refutó completamente á mister Cubitt, descubriendo que el verdadero Rogerio «ocupaba una humilde posición», y vivía con nombre supuesto. También pedía fondos, diciendo que el hombre á quien había encontrado tan providencialmente, y que declaraba ser el heredero perdido, tenía en aquel momento muchas deudas. En su consecuencia, invitóse á la viuda á enviar, primero, 1,000 duros, después 1,500, y, por último, 2,000, para librar á su querido hijo de los acreedores, que no le dejarían abandonar la colonia sin cobrar antes. Con estas demandas enviaronse algunos ligeros informes acerca de Rogerio para excitar más en lady Tichborne el deseo de verle, si más vivo hubiera podido ser el de la buena señora. Sin embargo, dichos ligeros informes podían haber hecho pensar mal á cualquiera: el hijo extraviado aseguraba que había nacido en Dorset, y que fué educado en Southampton; pero la viuda no podía olvidar que Rogerio había nacido en París, y que recibió su educación en Stonyhurst, é hizo mención de este detalle en una carta dirigida á Mr. Gibbes, quien se lo dijo á su cliente, «el que ocupaba la humilde posición.»

—¡Cómo!—exclamó el heredero perdido, indignado, al parecer.—¿Dice ella que yo estuve en el colegio de Stonyhurst? ¡Es falso! Intenciones me dan de no ir á reunirme más con mi madre por haber dicho semejante cosa.

Lady Tichborne tuvo otro motivo para asombrarse cuando se le anunció que Rogerio no entendía una palabra de francés, pues recordó que su hijo le hablaba mejor que el inglés; y su admiración creció de punto al manifestárselle que su hijo no tenía la menor instrucción. El supuesto heredero contestó á Mr. Gibbes que en su juventud había sufrido mucho por

efecto de la enfermedad conocida con el nombre de *danza de San Victor*, que le había impedido dedicarse al estudio.

«Mi hijo—volvió á escribir la viuda—no padeció nunca ese mal.»

Mr. Gibbes preguntó después al supuesto heredero si había servido al ejército, á lo cual contestó aquél afirmativamente, asegurando que pertenecía al regimiento 66.^o; pero que no se acordaba mucho de él.

—¿En qué buque,—preguntó Mr. Gibbes,—salió V. de Europa?

—En el *Jessie Miller*,—contestó el cliente.

—Y ¿en qué fecha?

—En 28 de noviembre de 1852.

Esto era muy extraño, pues en primer lugar Rogerio se había embarcado en *La Paulina*, y en segundo, no lo hizo en dicha fecha, sino en 1.^o de marzo de 1853. Pero lo más chocante fué que el supuesto Rogerio enviaba «sus cariñosos afectos á su abuelo», diciendo que tenía otro, el cual había muerto algunos años antes de salir él de Inglaterra.

Mr. Gibbes envió á la madre fotografías de su hijo perdido. Todas ellas representaban un montañés corpulento; pero lady Tichborne escribió diciendo que «al cabo de trece años de ausencia las formas podían diferir un poco, y que, si bien Rogerio era muy delgado, probablemente las ropas que usaba entonces le hacían parecer más grueso de lo que era en realidad.»

Así transcurrieron diez y ocho meses, durante los cuales el hijo extraviado dirigía todas las cartas á su querida madre por conducto de Mr. Gibbes, contentándose con pedir á éste pequeñas sumas prestadas. En cierta ocasión solicitó quince duros, diciendo, á manera de comentario, que más bien parecía ser un loco que un barón inglés.

La viuda siguió enviando dinero; pero quedaba justamente de que no le fuera permitido conocer con exactitud la residencia de su hijo, ni el nombre que entonces usaba. «Creo—escribió—que es mi hijo, por más que sus asertos difieran de los míos.»

Sir Alfred, el hermano más joven de Rogerio, había muerto también. Abrigábase la esperanza de que dejase un heredero; mas, no habiendo sido así, los bienes pasarían á las ramas colaterales de la familia, y de este modo la baronía iba á extinguirse muy pronto. La viuda, inquieta ante esta perspectiva, escribió lastimosas cartas á Mr. Gibbes, instándole para que aconsejase á su cliente á reunirse con la afligida madre. «Espero contestación de él mismo,—le decía,—pues como conozco su carácter de letra, sabré de una vez si es mi hijo.»

Instado así, el heredero extraviado contestó con la siguiente carta:

«Wagga-Wagga, 17 de enero de 1866.

»Querida madre: El largo tiempo transcurrido desde que escribí mi última *Carta*, fechada el 22 de abril de 1854, me entorpece mucho para Comenzar la presente. Siento mucho la inquietud

tad y ansiedad que le habré causado por no escribirle antes; pero mi *Abogado* conoce las causas, y yo le comunicaré particularmente los demás *Detalles*. De una cosa puede estar *Segura*, y es que, aunque me haya visto en *Humilde* condición de la vida, jamás cometí acto alguno que pudiera ser una mancha para V. ó mi *Familia*: he sido un *Hombre* pobre, y nada más. El Sr. *Gilbes* me ha dicho que esto es lo esencial. No creo necesario, querida ma-

rreras de Brighton por los que se disputaban los premios.

A pesar de todo, lady Tichborne lo creyó. Conformóse con enviar la suma pedida, y dió en sus cartas muchos detalles, que fueron muy útiles para Mr. Gibbes y su humilde cliente. Entre otras cosas, dijoles que en Sydney vivía un hombre llamado *Guilfoyle*, que durante muchos años había sido jardinero de la familia de Tichborne, y también un negro conocido



EL SITIO DE PLEVNA: La ciudad

dre, traer á su *Memoria* cosas que sólo pueden ser conocidas de V. y de mí para convencerla de mi identidad; pero puedo recordarle algunas, como, por ejemplo, la señal pardusca que tengo en un costado y la *Caja de las Cartas* en Brighton. Puede V. estar segura, *Querida Madre*, que he guardado mi promesa. Cuando me escriba, Sirvase dirigir la carta al Sr. *Gilbes*, á fin de evitar averiguaciones inútiles, pues no quiero que mi persona sea conocida en este país hasta que tome posesión de mi título. Habiendo resuelto volver, arrostrando una vez más los peligros del mar, debo rogarle que me envíe los fondos necesarios para emprender el viaje y pagar varias deudas. Creo que para todo me bastarían doscientas libras, pues me propongo hacerme á la *Vela* en Victoria para dirigirme á Melbourne con mi propio *Nombre*. Para que yo pueda hacer esto, querida madre, envíeme...

Aquí se había rasgado la mitad del papel de la carta.

Podemos consignar aquí que lady Tichborne no reconoció la letra de aquella misiva; que no recordaba que Rogerio tuviese ninguna señal, y que no sabía cosa alguna de la «Caja de las Cartas». Mr. Gibbes explicó esta última alusión, alegando que su cliente le dijo una vez que debía salir de Inglaterra á causa de haberse estafado mil quinientas libras en las ca-

con el nombre de Andrés Bogle, que había servido á sir Edward Tichborne. Ya se comprenderá que el cliente de Mr. Gibbes se apresuró á tratar conocimiento con estos antiguos servidores de la familia.

Probablemente proponíanse guardar secreto sobre todo, y, á decir verdad, existe un curioso documento, una carta escrita por el humilde cliente á un amigo suyo en Wagga-Wagga, la cual parece probar que se trataba de proceder con mucho sigilo. Este amigo, llamado Cator, se disponía á marchar á Inglaterra, y en el momento de embarcarse recibió una esquela bajo sobre sellado, en el que vió escritas las siguientes palabras: *Para abrirlo en el mar*. El contenido de la esquela era el siguiente:

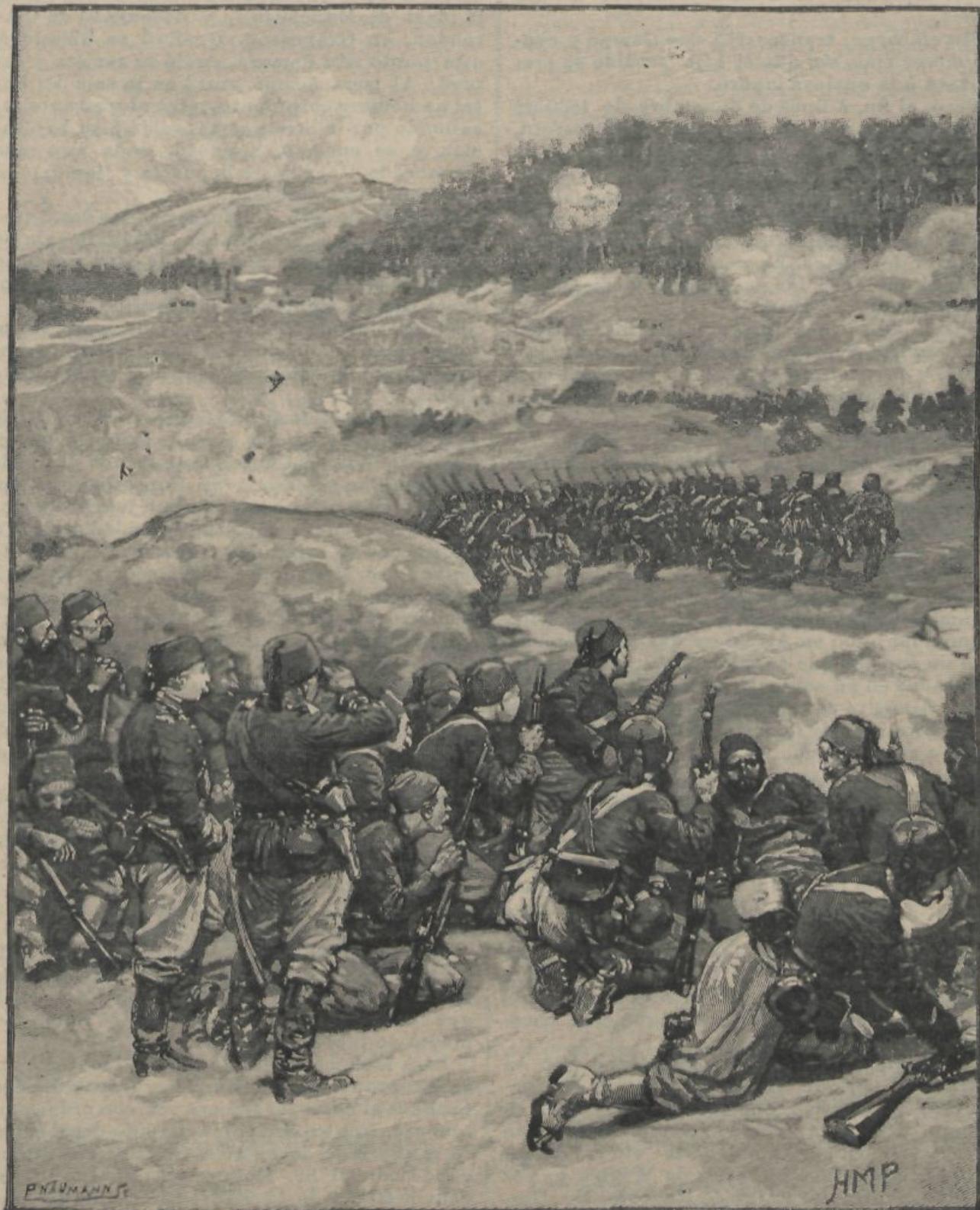
«Wagga-Wagga, 2 de abril de 1866.

»Amigo Cator: Cuando esté V. en Inglaterra, si alguna vez desea distraerse un poco haga una *Visita* al *Palacio* de Tichborne, á la casa de Tichborne, donde encontrará *Una* persona que le recibirá muy bien; pero de ningún modo *Cite el Nombre* de Castro ni diga que yo soy hombre *Casado*, ni que he sido *Carnicero*. No dudo que me comprenderá.

»Suyo afectísimo,

»Tomás Castro

»Saldré en la mala de junio.»



Defensa de la segunda línea de Plevna el 12 de septiembre, segundo día de la tercera batalla

Pero el secreto no se guardó. Muy pronto comenzóse á susurrar en Victoria y en la Nueva Gales del Sur que un tal Tomás Castro, de oficio carnicero, heredaba una baronía con extensos dominios en Inglaterra, y que iba á marchar muy pronto para reclamarlos. En algunos diarios de Australia se hicieron también indicaciones sobre el asunto, y el reclamante

comprendió que debía obrar sin demora. Había resuelto embarcarse con su mujer y familia, llevando consigo al anciano negro Andrés Bogle, que estaba ya á su servicio. El buque llamado *Rakaia* se hizo á la vela en Sydney el 2 de septiembre de 1866, con intención de llegar á Francia por la vía de Panamá. Lady Tichborne, que recibió en París noticias de este

viaje, esperaba ver á su hijo dentro de dos meses.

Sin embargo, transcurrió este tiempo y cuatro meses más, sin que el hijo perdido se presentara á la ansiosa madre.

Pero, al fin, á fines de diciembre de 1860 un misterioso extranjero se presentó en Alresford, cerca de Tichborne, en Inglaterra. Se alojó en el Hotel del Cisne y dió el nombre de Taylor. Era un hombre corpulento, grueso, que llevaba la cara casi oculta con tapabocas y cubría su cabeza una gorra que impedía ver la parte superior del rostro. La servidumbre del hotel observó que daba largos paseos, mostrándose siempre muy reservado.

Cierto día, no obstante, el misterioso extranjero envió á buscar al dueño del hotel, mister Rous, y preguntóle si tendría inconveniente en dar un paseo con él en coche por las inmediaciones de Tichborne.

Rous accedió gustoso, y los dos fueron á dar una vuelta por los alrededores de Tichborne, hablando de asuntos locales, que, al parecer, interesaban mucho al extranjero. Visitaron el pueblo, el parque, la casa y la iglesia de Cherriton, que estaba contigua, y vieron cuanto había allí de notable.

Después de esto, Taylor procuró granjearse la amistad del dueño del hotel, y en muy poco tiempo no hubo en Alresford una sola persona que no supiese que aquel hombre, que llevaba marcadas en su equipaje las letras «R. C. T.», era realmente el heredero perdido, que regresaba para recrear la vista en los lugares donde pasara su juventud.

A los pocos días, el criado negro, Bogle, reapareció en la ciudad, en donde apenas se acordaba nadie de él. Entonces amo y servidor emprendieron varias expediciones juntos, y consiguieron ser admitidos en la Casa Tichborne, donde les fué permitido examinarlo todo, notando la posición de las habitaciones y enterrándose de los adornos, de las pinturas y cuadros que adornaban las paredes, etc. Antes de esto, la viuda de sir Alfred había dado á luz á un hijo y heredero, y los tutores ó curadores tuvieron á bien alquilar la antigua casa al coronel Lushington.

No debía esperarse que sucediera esto en Alresford sin que llegara á oídos de los padres de Rogerio Tichborne; y así fué, en efecto. Hasta la viuda recibió noticia en París, así como también la viuda de sir Alfred, que estaba en la isla de Wight, y, por último, el antiguo amigo de Rogerio, Mr. Gosford, que, hallándose en Gales, marchó al punto á Londres para ver si el hecho era verdad.

Pero el misterioso gigante se marchó pronto de Alresford, desapareciendo como por encanto.

Mr. Gosford se extrañó mucho. ¿Cómo se explicaba que aquel hijo tan querido de todos no se hubiese presentado desde luego á la familia y á sus numerosos amigos? Por ligeros indicios, Gosford pudo averiguar que el tal Taylor se había trasladado desde el Hotel del

Cisne á otro que había en Londres cerca de la plaza de Manchester, y después al de Clarendon, en Gravesend. Gosford se dirigió á este punto sin demora, envió su tarjeta y esperó. Al poco tiempo entró en la sala del hotel un hombre corpulento, miró al visitante, y, saliendo por la otra puerta, subió á su habitación y se encerró. Gosford, cada vez más asombrado, llegó hasta la puerta y llamó; pero el otro no quiso abrir.

En vista de esto, Gosford, con los dos ó tres amigos que le acompañaban, bajó á la sala de nuevo para tomar una taza de café, y á poco presentóse un criado para entregarle un volante con las siguientes palabras:

«Dispénsemme Vds., caballeros; pero *yo* no quisiera que nadie supiese dónde estoy con mi familia, y me molestó mucho ver tanta gente aquí.»

Inútil parece decir que Gosford no reconoció la escritura de su más querido amigo, y seguidamente salió del hotel, asegurando al dueño que tenía en su casa á un impostor. Sin embargo, como no era hombre que juzgara de los hechos sin tener completa seguridad, volvió á Gravesend, y arreglóse para ver al corpulento extranjero. Cuando, al fin, lo consiguió, retiróse, completamente convencido de que aquel hombre no era Rogerio Tichborne.

El reclamante, llamémosle así, dió entonces el paso que no había querido intentar antes. Con un hombre á quien conoció en una sala de billar de Clarendon, y un abogado, Mr. Holmes, marchó á París y alojóse en un hotel de la calle de Saint-Honoré, sin visitar á su madre en la misma noche de su llegada.

Al día siguiente, lady Tichborne, segura de que aquel hombre era, efectivamente, su hijo, envió á su criado irlandés, Juan Cayne, al hotel con un mensaje, diciendo que deseaba ver á su hijo al punto.

El supuesto Rogerio contestó que estaba indisposto y no le era posible salir.

Muy sorprendida por este tratamiento, lady Tichborne envió á Coyne otra vez. El reclamante salió de su alcoba, y ordenó al criado que fuera á decir á su mamá que en aquel momento no le era posible ir.

Pero la dama no era de aquellas mujeres que se dan pronto por convencidas: Coyne fué despachado al hotel por tercera vez, con orden para que volviese en compañía del hijo desobediente; y el criado encontró al Sr. Rogerio almorcando con el Sr. Holmes y su amigo. La tercera petición de la madre fué rehusada como las dos anteriores.

Lady Tichborne, estupefacta ante esta conducta, é indignada á la vez, resolvió ir ella misma, y aquella misma tarde dirigióse con Coyne al hotel. Al preguntar por sir Rogerio, dijeronle que estaba en cama; pero que si se empeñaba en verle, la recibiría en su alcoba á presencia de su abogado y un amigo. Como insistiese, lady Tichborne fué conducida á una habitación algo oscura; el hijo perdido estaba echado en cama, de espaldas á los visitantes; la madre le miró, inclinóse sobre él y besóle.

—Se parece á su padre,—dijo,—aunque las orejas son como las de su tío.

El supuesto hijo murmuró entonces que tenía mucho calor, y la tierna madre ordenó á Coyne que le despojase de la levita y le aflojase los tirantes. Mientras desempeñaba este ligero servicio, Holmes le dirigió la palabra solememente, diciéndole:

—Usted es testigo de que lady Tichborne reconoce á su hijo.

—Y también V.,—contestó Juan Coyne.

El reconocimiento fué completo; la pobre madre, satisfecha del todo, comenzó á combinar planes para su hijo. Debería recibir de ella cinco mil duros anuales, y una casa en Croydon, para vivir en ella hasta que se probase legalmente su derecho á los dominios de Tichborne. El coronel Lushington, que tenía alquilada la de Tichborne, invitó al reclamante á vivir en ella; las campanas de la iglesia de Alresford comenzaron á repicar cuando se presentó, y el coronel no pudo dudar de la identidad al ver que el huésped conocía todas las habitaciones de la casa. La mujer del heredero dió á luz por entonces un niño, que fué bautizado en la capilla de Tichborne, y las campanas volvieron á repicar de nuevo. Entretanto, los recuerdos de sir Rogerio comenzaban á despertarse rápidamente, según adelantaban las investigaciones del abogado sobre su vida pasada: sus estudios en Stonyhurst, los servicios prestados en el regimiento fueron cosas muy pronto conocidas de Mr. Holmes, y ya no se habló de los datos á que se había referido el supuesto heredero en sus cartas.

Sin embargo, era muy de notar que las personas que aún existían en que aquel hombre era un impostor eran las mismas que habían conocido mejor á Rogerio Tichborne en su primera juventud. Su antiguo tutor, Chatillon, había ido á verle antes de salir de Paris, y dijo á la madre muy terminantemente que no era su hijo quien había vuelto; Mr. Gosford lo aseguró igualmente, y recordóse que el reclamante evitaba ver á cuantos habían conocido á Rogerio Tichborne.

(Se concluirá)

UNA CONFLAGRACIÓN TEMIBLE

(Conclusión)

«Cerca de allí veíase el lecho de la caleta; pero en aquella estación apenas había agua, y sabíamos muy bien que el fuego saltaría sobre la escasa corriente. Sin embargo, también había varios estanques, uno de ellos de cien pies de longitud por veinte ó treinta de anchura, y hacia éste nos dirigimos. Lincoln, más previsor que yo, cogió una paila, como las que se usan para poner la pez seca. Esta paila media seis pies de largo por dos de profundidad,

con un mango en cada una de sus extremidades.

»Saltando hasta el centro del estanque, nos sentamos en el fondo arenoso con agua hasta el cuello, uno frente á otro, sosteniendo sobre nuestras cabezas la paila, cuyos bordes quedaron bajo el agua.

»¡Ah! ¡Qué delicioso era aquel baño para nuestros cuerpos resecos y ardientes! Por desgracia, apenas hacía un minuto que estábamos allí, cuando se oyó un sordo rugido, como de un volcán, y un momento después el fuego arrolló las cabañas y los cobertizos, que en un momento convirtiéronse en un mar de llamas. Restos encendidos de vigas y tablas cayeron silbando en el estanque al rededor de nosotros. Hubiérase dicho que soplaba un viento abrasador, y el rumor no parecía ya producido por las llamas, sino por un trueno.

»El agua comenzó á calentarse á nuestro alrededor, y la vieja paila se caldeó de tal modo que nos quemaba. Con las manos quisimos humedecerla; mas al sacarlas del agua parecía que nos quemábamos. Yo temía que nos asfixiásemos bajo la paila; pero Lincoln hizo algunos agujeros en su fondo abrasado, y esto nos alivió un poco. Tanto se calentó el agua, que temí quedar cocido en ella.

»Entretanto, el fuego había saltado sobre la caleta, barriéndolo todo á través del bosque, y no tardaron mucho las llamas en pasar sobre el estanque. Todo combustible quedaba abrasado al punto. Al cabo de breve tiempo, nos aventuramos á retirar la paila de nuestras cabezas. El aire era espantoso por lo ardiente. Los altos pinos, transformados en otras tantas teas encendidas, caían abrasadores con alarmante estruendo al rededor de nosotros, tanto, que nos pareció más seguro, y también más cómodo, permanecer en el agua, y allí nos quedamos toda la tarde y la mayor parte de la noche.

»Los troncos de los árboles continuaron ardiendo algunas horas; pero en el agua estábamos bien, aunque el estanque se hallaba en parte lleno de cenizas.

»Yo no dudo que la vieja paila nos salvó la vida, ó, por lo menos, puedo asegurar que nos preservó las orejas y el cabello.

»Aunque no quedamos cocidos, como yo temía, permanecimos tanto tiempo en el agua que teníamos la piel como encogida, y no parecía sino que se hubiese blanqueado la de Lincoln.

»Mi reloj no se había parado, á pesar de todo esto. A las cuatro de la mañana la conflagración había cesado en parte, y seguimos avanzando por el lecho de la caleta en dirección á casa.

»En un claro que distaba tres millas habíase dominado el fuego, que así no pudo penetrar en los pinares inferiores.

»Llegamos al destilatorio á poco más de las seis y cuarto, y nuestra presencia fué saludada con gritos de alegría, pues, sabiéndose que estábamos muy lejos, en el pinar superior, nos consideraban perdidos, y no tenían esperanza



UN RECLAMANTE CÉLEBRE: La madre le miró, inclinóse sobre él y besóle

de encontrar más que nuestros despojos abra-
sados. Se nos aseguró que el fuego había reco-

rrido una distancia de diez millas en quince
minutos, ó poco menos.»

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: Plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA